ALGUNOS ASPECTOS TEORICO-METODOLOGICOS DEL PROBLEMA DE LA IDENTIDAD CULTURAL A PROPOSITO DE LA DOMINICANIDAD.

Por Jesús Tellerías

INTRODUCCION:

El marco del Segundo Congreso Dominicano de Historia, centrado en la integración de la dominicanidad, proporciona un ámbito adecuado para señalar algunos aspectos importantes que definen la identidad nacional y cultural.

La dominicanidad es un concepto de índole ideológica que involucra múltiples factores, tales como la existencia de la nación dominicana, comunidad étnica, patrones psico-sociales, una lengua común, tradiciones comunes, espacio histórico-geográfico, consolidación socio-polítca de un Estado nacional, etc.

Partimos del supuesto de que los niveles de conciencia en lo relativo a los valores socio-culturales e intereses nacionales distan mucho de ser homogéneos en una sociedad clasista. Empero, hay valores que pueden ser compartidos por amplias masas populares y conforman el carácter de ese pueblo o nación. Desde luego, también nos preguntamos: ¿Existe una única manera peculiar de ser de un pueblo en las sociedades clasistas sub-desarrolladas como la nuestra? ¿Tiene sentido hablar de idiosincrasia del pueblo dominicano?

Entendemos que la identidad cultural de los pueblos no es honogénea y viene dada en función del devenir histórico de sus condiciones de vida.

MARCO TEORICO-METODOLOGICO PARA EL ESTUDIO DE LA IDENTIDAD NACIONAL Y CULTURAL.

En el estudio del problema de la identidad nacional y cultural se hace necesario precisar algunos conceptos, entre los cuales destacan 'identidad', 'pueblo' (etnia), 'nación' y 'cultura' en su dimensión histórico-social.

CONCEPTO DE IDENTIDAD

La identidad es la expresión de la igualdad de un objeto consigo mismo; o la igualdad de varios objetos entre si. Como la realidad es cambiante, no puede materializarse la identidad de objetos absolutamente iguales a sí mismos; ni siquiera en sus propiedades esenciales y básicas.

La identidad en el plano ontológico es concreta con todos sus atributos inherentes (incluyendo las diferencias) que se superan a diario y de manera constante en el proceso de desarrollo y en dependencia de unas condiciones dadas. Dentro de esta transitoriedad deberá inscribirse la conceptualización de la identidad nacional y cultural cómo fenómeno factible de caracterización.

De la ley de Leibniz inferimos que los objetos, fenómenos y procesos son identicos en el caso y sólo en el caso de que todas las propiedades y relaciones que caracterizan a unos, caractericen también a los otros y viceversa. No obstante, para la satisfacción del discurso científico ha sido necesario abstraer la identidad del desarrollo mismo de la realidad concreta. Esta concesión al proceso cognoscitivo, tratando de superar obstáculos epistemológicos, no implica una renuncia a la idea dialéctica del acontecer y ser como momentos del devenir de un continuo renuevo de lo histórico-social.

PRECISION DEL CONCEPTO PUEBLO O ETNIA.

El pueblo dominicano puede definirse como un gran conjunto de personas, con rasgos étnicos comunes, que se consideran a sí mismos portadores de lo dominicano y, por consiguiente, afines culturalmente; a la vez que se sienten distintos por otros varios aspectos a otros conjuntos de personas cuyo derrotero histórico sui generis los lleva a conformar etnias diferentes.

La misma tierra, entendida como el habitat de la gente de una misma procedencia y que en lo fundamental ha sufrido las mismas

vicisitudes del desarrollo histórico, recibe nombres diferentes como país en función de las diferencias lingüísticas, aspectos físico-geográficos y formas de ser de los habitantes; además del régimen social, la cultura y sus formas de existencia. Tierras continentales e isleñas se han constituido en espacios existenciales de determinadas etnias. Media isla puede ser el espacio suficiente para la existencia de un pueblo, la génesis de una nación y el desarrollo de una cultura.

Es evidente que la gente que conforma el pueblo pertenece a diferentes clases y grupos de la totalidad social y hasta pueden ser ciudadanos de diferentes estados. Una muestra de este último aspecto la tenemos en los dominicanos residentes en los Estados Unidos de América, naturalizados o nacionalizados en ese país. Este conjunto de personas, a pesar de vivir allende los mares y fronteras de su país de origen, en la mayoría de los casos mantiene su sentimiento de pertenencia al pueblo dominicano. Mientras más distante es el dislocamiento y más prolongada es la ausencia, mayor es el sentimiento de pertenencia a una determinada etnia o pueblo.

Dentro del marco de la etnografía se entiende que la lengua es el rasgo definitorio más importante de una etnia, hasta tal punto que algunos tratadistas la consideran como un "indicador étnico".[1] Sin embargo, muchos pueblos que constituyen etnias bien diferenciadas unas de otras, pueden hablar la misma lengua. Tal es el caso de los pueblos hispano-hablantes de Europa, Africa y América Latina, entre los cuales está el dominicano. En estos casos es muy importante establecer las variaciones idiomáticas inherentes a una determinada etnia: entonación, acento, etc. para ubicarle en el espacio histórico-geográfico correspondiente.

Las fronteras del territorio étnico de cada pueblo no siempre coicinden con la distribución geográfica de las lenguas. Aunque el idioma se considere uno de los indicadores étnicos más importantes, no debe ser considerado como el rasgo más característico de la etnia. En el territorio dominicano los miembros de determinados grupos étnicos se comunican entre sí por medio del creole o el inglés. Suponemos que dentro del espacio geográfico del pueblo haitiano sucede otro tanto con el dialecto dominicano de la lengua española. Esto indica que el factor lingüístico sigue teniendo vigencia para la definición etno-cultural del pueblo dominicano.

Cada pueblo tiene su propio espacio histórico-geográfico en el cual se origina y desarrolla. Este espacio o territorio étnico puede

variar históricamente, aumentándose, disminuyéndose y modificándose cualitativamente. La existencia del territorio es una condición para el surgimiento de cualquier etnia.

El territorio étnico, es decir, el espacio existencial de los pueblos, cambia históricamente. El carácter de los pueblos tiende a cambiar en función de las características fundamentales del espacio geográfico. En este sentido es importante tomar en cuenta los factores climáticos, la fertilidad de los suelos y el eco-sistema. El carácter de los pueblos está asociado a las condiciones geográficas y climáticas; esta situación cobra vigencia aun dentro de los parámetros de un determinado país, por regiones y localidades. El hombre dominicano del sur difiere del cibaeño y el estano, y viceversa.

Otro aspecto importante para la determinación de una etnia o pueblo, entendido como un gran colectivo de personas que hablan la misma lengua y habitan el mismo territorio durante un tiempo histórico prolongado, es el hecho de que entre sí se hayan establecido reales relaciones económicas. "Cada etnia, por los menos en el período de su génesis, está constituida por colectivos humanos, relacionados económicamente unos con otros".[2] Esto no quiere decir que en la actualidad no existan etnias con débiles relaciones económicas entre sus miembros. Habría que detenerse a estudiar las relaciones existentes entre los dominicanos residentes por muchos años en Haití, Puerto Rico, Estados Unidos de América, etc. para determinar el grado de incidencia de las relaciones económicas con la identidad etnocultural.

ESPECIFICIDAD DE LA EXPRESION CULTURAL Y AUTOCONCIENCIA ETNICA.

La especificidad cultural que cada pueblo elabora en el proceso de su desarrollo histórico y transmite de generación en generación (tradición) es un aspecto importante para el estudio de la dominicanidad. Las tradiciones se acumulan en una época o período histórico vinculado a las condiciones socio-económicas y geográficas de cada etnia; empero, después de su surgimiento adquieren cierta estabilidad y se conservan aún cuando las condiciones de vida del pueblo logran cambiarse.

La especificidad cultural de un pueblo, su identidad, trasciende la definición estrictamente etnográfica que le caracteriza como un conjunto integrado de las particularidades materiales y espirituales

de las tradiciones culturales conformadas en el pasado histórico. Abarca, además, las metas y logros de un pueblo en su totalidad y sus aportes a la cultura universal contemporánea. Hoy en día la gente determina su pertenencia a una u otra etnia, no por el hecho de vivir en casas de estilo parecido, de usar ropas de las mismas modas, preferir los mismos tipos de alimentos, cantar las mismas canciones, participar de los mismos bailes, etc., sino también por el hecho de compartir la misma herencia cultural de su pueblo, por sentirse comprometido con la continuación creativa de los esfuerzos progresistas en las tareas económicas, científicas, literarias, artísticas, etc.

La identidad cultural es el criterio fundamental para diferenciación de los pueblos que hablan una misma lengua, que habitan un territorio común y mantienen estrechos vínculos económicos entre sí. Este podría ser el caso de los dominicanos residentes en los Estados Unidos de América en relación con los demás latinoamericanos e hispano-hablantes. La especificidad cultural debe ser visualizada como el indicador básico de cada pueblo en virtud de que permite, en casi todos los casos, delimitarle de las otras etnias. En esencia, hasta la lengua, generalmente aceptada como uno de los principales indicadores étnicos, está estrechamente vinculada con la cultura del pueblo que la habla, por el hecho de que la lengua materna refleja la riqueza de la cultura espiritual. Cada etnia debe ser estudiada como un conjunto sistémico de personas y grupos humanos en cuya conformación histórica interactúan el territorio habitado, las tradiciones culturales y la lengua que manifiesta su cultura.

La interacción de todos estos aspectos, su influencia conjunta en la formación, desarrollo y preservación de los pueblos como expresión histórica de comunidades, se manifiesta en la autoconciencia étnica. Este complejo fenómeno social deberá ser tomado muy en cuenta para establecer la pertenencia de los individuos y los grupos de personas a determinadás etnias.

La autoconciencia étnica esá íntimamente ligada al proceso de socialización. Se va conformando a todo lo largo del desarrollo del niño hasta su edad adulta, pasando de generación en generación durante la existencia histórica de la etnia. Asimismo, en la formación de la autoconciencia étnica juega un papel importante la procedencia de los individuos, de las familias y de grupos de la población. Desde luego, vistos en relación al entorno étnico de su existencia material: dominicanos en EUA, haitianos en República Dominicana, cocolos en R. D. (con ciertas reservas, debido a que este grupo está asimilándose):

De lo anterior se infiere que cada comunidad conformada en un determinado territorio con gente que tiene entre sí reales vínculos económicos, que habla el mismo idioma o dialecto, que conserva durante todo el período de su existencia una cultura específica y que se concibe como un grupo social independiente, es una etnia. Así, el pueblo dominicano es una comunidad de valores lingüísticos culturales internalizados por los individuos que lo componen. Comunidad que se mantiene aun en el espacio geográfico de otros pueblos, fruto de los procesos migratorios que afectan una porción considerable del pueblo dominicano. De esta manera no es posible hablar de identidad nacional, ni de dominicanidad, sin antes establecer la unidad étnica que sirve de soporte; son su manera peculiar de hablar un idioma (compartido con otras unidades étnicas), por la similitud de sus peculiaridades culturales que conforman su especificidad étnica y por la internalización de su afinidad racial; gracias a la asimilación recíproca de lo negro y lo blanco sobre la base del recuerdo revalorizador de lo indígena. Racialmente somos negros, mulatos y "blancos", étnicamente somos dominicanos. Empero, el sentimiento de dominicanidad es privativo de un conjunto de dominicanos que de manera consciente ha asumido el papel de defensor y exponente de los valores nacionales más elevados: independencia, soberanía nacional, recursos no renovables, símbolos patrios, honra a los héroes y mártires en aras del progreso histórico-social, libertad, etc. Esto significa que las etnias para el logro de estos objetivos tienen que evolucionar a una expresión más compleja, cuya génesis es propiciada por las relaciones capitalistas de producción: la nación.

LA NACION COMO COMUNIDAD POLITICO–NACIONAL.

La nación es una comunidad de nuevo tipo que se conforma durante el desarrollo de las relaciones capitalistas. Al decir de Vladímir Ilich Lénin, lo más importante para la formación y desarrollo de una nación, es el fortalecimiento de los vínculos económicos entre todos los grupos locales de esa etnia, la fusión de los mercados locales en un mercado único nacional. En la República Dominicana este processo se manifiesta en el tercer cuarto del siglo pasado, asociado a la génesis y desarrollo de relaciones de producción capitalista en el espacio urbano y rural dominicano.

Con la formación de la nación, generalmente y de manera paulatina, se extingue la autoconciencia étnico-local o sentimiento regionalista, para dar paso a un tipo de conciencia de una solidaridad más amplia, de pertenencia a una totalidad nacional.

El problema de la formación y desarrollo de la nacionalidad en diferentes pueblos se plantea de distintas maneras por diferentes autores. V. I. Lénin, por ejemplo, escribe: "El desarrollo del capitalismo conoce dos tendencia históricas de la cuestión nacional. La primera: el despertar de la vida nacional y los movimientos nacionalistas, la lucha contra todo tipo de opresión nacional, la formación del Estado nacional. La segunda: desarrollo y profundización de las relaciones entre naciones, ruptura de las fronteras nacionales y etnoterritoriales, fomento de la unidad internacional del capital en la vida económica, política, científica, etc.[3] " Estas dos tendencias en las condiciones del capitalismo entran en contradicciones tan marcadas que sirven de fuente a los agudos conflictos nacionales. Estos devienen a su vez en choques armados, levantamiento de los pueblos oprimidos y guerras de liberación nacional; que por su carácter resultan ser las más justas en la historia de la humanidad.

La nación y los grupos étnicos del período capitalista, están formados generalmente por clases sociales entre las cuales sistemáticamente ocurren luchas económicas, políticas e ideológicas. Sabemos que las clases fundamentales de la sociedad capitalista son la burguesía y el proletariado. No obstante, también coexisten con ellos, en países como el nuestro, remanentes de las clases del sistema feudal: terratenientes y campesinos. En la estructura de clase de una formación económico-social, conjuntamente con las clases mencionadas, se conjugan diferentes grupos y capas sociales: pequeña burguesía urbana y rural, artesanos, empleados y trabajadores de servicios múltiples y la inteligentsia. Esta última, por su procedencia, posición económica, ideología, etc., está relacionada con diferentes clases sociales.

El peso específico de cada uno de estos grupos en la composición de las diferentes naciones y pueblos puede ser muy diferente. En gran medida dependerá de la correlación de los modos de producción que se yuxtaponen en la vida socio-económica de cada pueblo y nación. Asimismo, las diferencias culturales a nivel de la cotidianidad de las distintas clases y grupos sociales de las naciones y pueblos en las condiciones del capitalismo resultan ser muy significativas. No estaba errado el mismo Lénin cuando sostuvo la tesis sobre "dos naciones en cada nación conteporánea" lo que a su vez implica "dos culturas nacionales en la cultural nacional". El discurso gira en torno a la contraposición de los valores culturales de la clase burguesa y sus asimilados terratenientes, de un lado; y la expresión de los valores cultura-

les de las amplias masas trabajadoras, que por su esencia es democrática, y que por su objetivo es progresista, del otro lado. En cada nación convergen ambas situaciones, hasta tal punto que cuando la conciencia de clase cobra su real dimensión (clase para sí), en los burgueses predomina el cosmopolitismo que trasciende el nacionalismo, y, en los trabajadores predomina el internacionalismo proletario que desborda las fronteras nacionales y trasciende el parámetro étnico. Cuando hay consciencia de clase, el trabajador dominicano, el intelectual progresista, se siente más identificado con el haitiano oprimido y explotado, que con el dominicano opresor y explotador; a pesar de estar unidos por nexos étnicos, territoriales, económicos, etc., con éste último.

El concepto de nación, en tanto "forma de la sociedad global, una formación comunitaria que aparece en determinadas condiciones socio-históricas",[4] no coincide con el de Estado. La nación es una comunidad étnica en un determinado período de la historia; resume un cierto estado de conciencia política que se expresa muy concretamente en una entidad socio-económica.[5] La formación de la nación dominicana no coincide con la aparición del Estado dominicano. No obstante, la existencia del Estado proporciona las condiciones económicas políticas e ideológicas que habrán de servir de marco al proceso de la génesis y desarrollo de la nación dominicana. Es a nivel del Estado donde la cultura de cada étnica concreta converge con otras y se imbrica conformando unidades culturales locales, regionales y nacionales. Lo africano y lo europeo se han asimilado de manera sui generis en el espacio de esta media isla para dar consistencia a lo dominicano. Se ha ido perfilando una identidad cultural con sus altibajos, expresados en conatos de autonegación racial y étnica, debido a que no siempre somos coherentes con nosotros mismos. El origen no fue común y las vivencias tampoco lo fueron. No obstante, en el proceso de producción y reproducción de la vida material y espiritual, en un mismo espacio, con instituciones comunes, con una lengua común, con una ideología común expresada fundamentalmente en la religión y los ideales políticos, se conforma la nacionalidad dominicana.

La identidad cultural de los domicanos no es homogénea y viene dada en función de sus condiciones de vida, como una manera cuasi única peculiar de ser, que a su vez sirve de sustrato para la conformación de la identidad nacional. En todo caso, y como en toda nación, la cultura burguesa es dominante en relación a las demás cul-

turas. Esto no quiere decir que los elementos culturales progresistas se extinguen; al contrario, se expresan con mayor fuerza en su lucha por la reivindicación de lo nacional en el orden económico, político e ideológico.

La historia dominicana reciente está impregnada de acontecimientos que reafirman la identidad nacional. La lucha por la defensa de nuestros recursos naturales es tan sólo un capítulo. En este sentido es dable entender la dominicanidad como expresión socio-política de la autoconciencia nacional que poseen amplios sectores sociales de la vida nacional dominicana.

LA IDENTIDAD CULTURAL

Los pueblos y sociedades concretas son agregados complejos de individuos que de hecho ya se encuentran agrupados en otros agregados menores: grupos y clases sociales.

Los individuos integrantes de un grupo o clase social varían en su capacidad de razonamiento, en las ideas que tienen de sí mismos y en su disposición a preocuparse por la opinión que los otros tienen de ellos; pero coinciden en una variedad de conductas compartidas por todos los elementos constituyentes del conjunto y obviamente derivados de la interacción social que en cada geografía y tiempo específicos acusa una especie de constante. Esta constante es entendida por diferentes pensadores con denominaciones tan diversas como identidad nacional, idiosincrasia de los pueblos, carácter nacional, identidad cultural, etc. En todo caso, es un esfuerzo tendente a descubrir un conjunto de rasgos psicológicos comunes que constituyen la fisonomía particular del carácter nacional. Pero como que lo psicológico es, gran medida, reflejo de las condiciones sociales, pues el hombre no sólo es un ente biopsíquico, sino también social; entonces, las condiciones sociales de existencia son las que en definitiva modelan al carácter o idiosincrasia de los pueblos.

Los pueblos, como personificación de las sociedades históricamente determinadas, puede que en algunos casos figuren como totalidades étnicas homogéneas, empero desde el punto de vista social resultan ser heterogéneas. No basta haber nacido y crecido a la sombra de los mismos símbolos nacionales (bandera, escudo, himno, etc.) para la génesis y el desarrollo de rasgos idénticos que puedan confluir en la estructuración del carácter nacional. Ni siquiera la rei-

terabilidad de las tradiciones ancestrales es un rasgo de suficiente peso como para asumir la idea de que su observancia entraña el carácter nacional de una sociedad concreta.

En cualquier país donde la organización social de la vida institucionales las diferencias de los grupos y clases sociales (gracias al lugar que ocupan en un sistema de producción social, históricamente determinado y a sus relaciones con los medios de producción, por su función en la organización social del trabajo y, en consecuencia, por el modo de vida y la magnitud de la riqueza social que poseen), habrá una diferenciación de normas y pautas de conducta socio-culturales. Cada individuo, como elemento constituyente del conjunto tiene contactos con un número de personas relativamente pequeño haciendo que los parámetros de la interacción y la influencia mutua, que son los principales elementos que integran la homogeneidad, se presenten sólo en grupos muy pequeños. Un país es una totalidad muy compleja de situaciones que a su vez originan las diferencias entre sus habitantes y en donde es posible pensar que hay muy pocas ocasiones de que surjan similitudes. No obstante, esto no sugiere la imposibilidad de encontrar un común denominador al pueblo o etnia que personifica a una sociedad concreta. Esa posibilidad cobra vida en la medida en que visualicemos a los individuos como el foco de los procesos de socialización, o sea, inmersos en un sistema socio-cultural del cual adquieren sus normas y valores, creencias, enseñanzas, constumbres, etc. comunes a los demás miembros de la sociedad concreta en que viven. Así, la manera de ser y hacer que caracteriza a los pueblos, acentuando sus diferencias y semejanzas con otros pueblos, son determinadas por las influencias del sistema socio-cultural y el medio ambiente (como factor condicionante).

La identidad de un pueblo es una que siempre está referida en lo fundamental al (a los) patrón (es) de personalidad individual más reiterativos que a su vez encarnan y estandarizan una determinada conducta aprendida dentro de un marco sociocultural históricamente[6] delimitado. La personalidad individual intrínsecamente considerada es de escasa utilidad para la aprehensión de la identidad cultural. Ni siquiera la suma de los patrones de conducta individual más frecuentes en una sociedad concreta nos pueden proporcionar la idea justa del patrón cultural que identifica o caracteriza a ese pueblo. Empero, cuando se procede a conceptualizar la identidad o carácter nacional poniendo el acento en "el estudio de la personalidad, en la cultura de la gente en su ubicación social",[7] entonces la posibilidad del concepto es mayor y por consiguiente más adecuada.

Se argumenta, a veces de manera hipotética, la posibilidad de identificar el carácter nacional en la prevalencia de conductas compartidas por la mayoría de los miembros de una sociedad concreta.[8] Esto así aun cuando "la experiencia de cada individuo es única, la gran mayoría de los miembros de una sociedad estable sobrellevan una gran cantidad de aprendizajes comunes".[9] De ahí que la identidad nacional se pueda definir como una forma particular de ver la coherencia de valores o patrones de conducta culturalmente definidos y cuya característica fundamental "es referir el carácter nacional a peculiaridades que son comunes o estandarizadas en una sociead dada".[10]

En este orden de ideas, la identidad nacional es una especie de estructura de la personalidad modal. Ciertamente en cualquier sociedad concreta nos encontramos con una gran variedad de rasgos y caracteres individuales (personalidad) y de allí es deducible una estructura de personalidad modal alusiva a lo que aparece con considerable frecuencia.[11]

Esta situación lleva a algunos autores[12]a sugerir que la idea del carácter o identidad nacional debe ser igualado con la estructura de la personalidad modal (modo de distribución de las variantes de la personalidad dentro de una determinada sociedad). Desde luego, la frecuencia no es el único criterio de definición usado, aunque sí el que tiene mayor aceptación cuando se abordan los rasgos comunes de la personalidad adulta inherentes a una sociedad concreta. Generalmente la estructura de la personalidad modal es la resultante del proceso de socialización en que intervienen las principales ideologías que inciden directamente en el moldeamiento de la personalidad individual y colectiva.

El carácter o la identidad de los pueblos siempre está vinculado al quehacer cultural. Tanto las personalidades individuales como las personalidades colectivas están ambas inmersas en la cotidianidad socio-cultural definida como "síntesis de la experiencia colectiva que un pueblo acumula a lo largo de las vicisitudes de su historia"[13] La cultura es el conjunto articulado y acumulado de los productos de la actividad social del hombre y que en cada geografía (y para cada pueblo) demuestran la especificidad de los grupos humanos. Expresada con palabras de Rocher, "cabría definir la cultura como un conjunto trabado de maneras de pensar, de sentir y de obrar más o menos formalizadas, que aprendidas y compartidas por una pluralidad de personas, sirven, de modo objetivo y simbólico a la vez, para constituir a

esas personas en una colectividad particular y distinta".[14] Empero en una misma comunidad étnico-social, las maneras de sentir, de pensar y de obrar que son aprendidas y compartidas (en el terreno de la producción material y la organización de la vida social, la creación intelectual y estética) por una pluralidad de personas determinadas no sólo por el modo de producción y la formación económico-social, sino también por la estructura de clases sociales vigentes en la sociedad concreta. No todos los sectores de la vida nacional comparten la misma experiencia histórica[15]. Sin embargo, ello no impide la gestación y desarrollo de un complejo de circunstancias históricas que propicien un marco organizador de la autoconciencia nacional que actúe como obligada premisa del discurso de la cultura nacional.

La cultura es ante todo cultura de clases y en una comunidad étnico-social cada clase social asume sus propios patrones de conducta que le identifican como tal. Desde luego, pueden presentarse desviaciones producidas por la penetración cultural de otras clases y hasta de otras etnias. "Bajo el régimen de explotación del hombre por el hombre en cada país, la cultura actúa en función ideológica; la cultura de los explotadores, super estructurada sobre su poder material, es erigida como cultura por excelencia e impuesta como paradigma a los explotados (...)".[16]

El paradigma cultural impuesto se vehicula en la sociedad burguesa a través de todos los medios de comunicación masiva. Esa difusión cultural alcanza sus objetivos trastornando a la identidad misma de los grupos y clases sociales no dominantes (aunque sean mayoritarios) y logrando en muchos casos la alienación cultural de los mismos.

Cuando se habla de cultura nacional lo que se tiene como referente es al conjunto de valores de la clase dominante en función de que la burguesía es la clase que ha dirigido el proceso de formación de las naciones.[17] Hoy cuando se habla de identidad cultural de un pueblo, que habita el espacio geográfico de una sociedad concreta, hay cierta resistencia en aceptar como equivalente el término de cultura nacional. Las cosas han cambiado mucho a nivel del objeto real de reflexión. Ciertamente, la cultura nacional de hecho ya no se reduce a la cultura de la burguesía, en virtud de que amplios sectores de la vida nacional ya no se someten a los patrones culturales impuestos y se han encaminado a la búsqueda de su propia identidad cultural. Esto obliga a una revisión y redefinición del concepto de

cultura nacional que supuestamente es al mismo tiempo la matriz del concepto de identidad cultural de un pueblo determinado.

La sociedad vive y reproduce las experiencias históricas particulares del pueblo como conjunto de determinaciones múltiples, y es a través de esta propia cultura que logra la conciencia nacional y se identifica y preserva como tal.[18] Aun cuando puede argumentarse la distancia que media entre los esquemas teóricos y la realidad objetiva, lo dicho evidencia que los patrones culturales de la clase dominante son los privilegiados y en consecuencia tomados como los rasgos definitorios de la identidad cultural. ¿Y qué pasa con los demás componentes de la vida socio-cultural interesados en el desarrollo de una nueva conciencia nacional centrada en los intereses y aspiraciones de las clases sociales que necesitan de profundos cambios en las relaciones de producción y el desarrollo social? ¿Son negadores de la cultura manifiesta en el continuum histórico-social?

Al contrario, esta nueva conciencia nacional está gestando las posibilidades de una nueva cultura, compartida por un mayor número de personas, continuadora y reproductora de las mejores tradiciones populares de lucha por la defensa y afirmación de la independencia y soberanía nacionales.[19] Esta situación evidencia que no existe una única manera peculiar de ser un pueblo o etnia en las sociedades clasistas concretas.

En una sociedad de clases la identidad cultural de un pueblo es una ficción. En realidad cada grupo o clase social tiene sus propios patrones de conducta en gran medida dictados por las condiciones de existencia económica y social. La heterogeneidad reinante en las sociedades clasistas impide homogenizar los patrones culturales a fin de lograr con todo rigor una identidad cultural. Lo que en realidad se verifica es una lucha en el plano de la cultura entre las clases retardatarias del progreso histórico-social, en sí mismas negadoras del proceso cultural, y las clases progresistas que se involucran en el proceso cultural para imprimirle un mayor dinamismo y lograr una auténtica cultura nacional, expresión de las auténticas experiencias del quehacer material y espiritual de un pueblo o nación.

La posibilidad del concepto de "identidad cultural" es plausible desde una perspectiva histórico-filosófica en la medida en que ésta asuma la unidad de una diversidad; vale decir, en la medida en que la personalidad colectiva incorpore en su estructura lo esencial de las personalidades individuales que encarnan la realidad socio-cultural.

Nos parece que el estadístico de la personalidad modal no logra saturan el concepto de identidad cultural porque los elementos nuevos del proceso socio-cultural, aportados fundamentalmente por las clases no dominantes deseosas de cambios, quedan fuera. Si bien lo nuevo en el proceso cultural cuantitativamente puede ser no significativo, en el plano de lo cualitativo, gracias a su dinamismo, es lo esencial. El concepto, en el plano formal, lo que persigue es captar lo esencial para lograr el máximo posible de generalización. Lo frecuente y evidente en el continuum socio-cultural no necesariamente es sustancial o esencial. Lo reiterativo puede ser logrado en función de emulaciones superficiales que responden, de manera cuasi automática, a la intensidad del ataque de los medios de comunicación que vehiculan el modelo o patrón cultural de la clase social dominante. Esta ilusión es la que generalmente se nos envuelve en el concepto de identidad cultural de un pueblo.

En conclusión, desde la perspectiva filosófica, el concepto de identidad cultural tiene mucho de especulación. La base de sustentación empírica del concepto de identidad cultural hoy por hoy es precaria, lo cual obliga a una redefinición del concepto.

NOTAS

1) Cfr.: N.N. Chevoksarov e I.A. Chevoksarova: Pueblos, razas y culturas. Moscú, Ed. Nauka, 1971. p. 11. (En ruso).

2) N. N. Chevoksárov et allis; Op. cit., p. 21.

3) V. I. Lénin: Obras completas. Tomo 24. p. 124. (Traducción libre del ruso).

4) Cfr: Danilo de los Santos: Reflexiones sobre la identidad nacional y cultural de los dominicanos. Revista "Eme Eme". Estudios Dominicanos. Vol. VIII. No. 47. pp. 5-10.

5) Laxime Rodinson: Sobre la cuestión nacional. Barcelona, Ed. Anagrama, 1975. p. 43.

6) Cfr. Raúl Béjar Navarro: El Mito del Mexicano. México. Ed. UNAN, 1968. p. 56.

7) Cfr. Geofray Gorer: El concepto de carácter nacional. En: La personalidad en la naturaleza, la sociedad y la cultura. Ed. Clide Kluckhohn et. al. Barcelona Ed.Grijalbo. 1969,p.263. Cuarta Edición.

8) Ver:Geofrey Gorefrey Gorer: Opus cit. p. 268.

9) G. Gorer. Op. Cit., p. 270.

10) Raúl Béjar Navarro. Opus Cit. p. 56.

11) Cfr: Ralph Linton: El estudio del hombre. México, FCE. 4ta. Edición. 1959.

12) Ver Alex Inkeles y Daniel Levison: National Character. This study of Modal Personality and Socio-Cultural System, 3ra. Ed.In Handbook of Social Psychology, Vol. II, London, 1959. pp. 980-81.

13) Nils Castro: Penetración cultural, genocidio cultural, política cultural. Selecciones Culturales. Subrayando 1, Sto. Dgo. 1979, p. 3.

14) Guy Rocher: Introducción a la Sociología General. 6ta. Ed. Bar- Ed. Herder, 1979. pp. 111-112.

15) Frank Moya Pons: Modernización y cambios en la Rep. Dominicana. En: Ensayos sobre Cultura Dominicana. S. D., Ed. MHD, 1981. p. 236.

16) Nils Castro. Op. Cit. p. 4.

17) Cfr. Luis Ulloa: Acerca de lo nacional en la cultura. Suplemento cultural de La Noticia. 14 dic. 1980. p. 45.

18) Cfr. Nils Castro: Tareas de la Cultura Nacional.

19) Cfr. Nils Castro. Op. Cit.